

PRIMERA PARTE

Cuando los recuerdas, aquellos tiempos vuelven a ti en una sucesión de fotografías. Ves a Meredith el día que te casaste con ella. Estáis en el exterior del juzgado, y es un día radiante de primavera. Lleva un vestido blanco y está a tu lado, con la mano en tu brazo. Se ha prendido un ramillete de flores blancas en el vestido. Más que a la cámara os estáis mirando fijamente el uno al otro. Os brillan los ojos, y el aire baila a vuestro alrededor.

Luego vienen las cortas vacaciones antes de que nazca Keith. Descendéis por el río Colorado en una balsa, rociados por un agua blanca. Ahí estáis en New Hampshire, cegados casi por el follaje otoñal. En el mirador del Empire State Building miráis a la cámara haciendo muecas, con los pies separados y los puños apretados en las caderas, como si fuerais los amos del mundo. Tú tienes veinticuatro años, y ella veintiuno, y en vuestra manera de estar juntos hay una especie de confianza maravillosa, segura, casi chulesca. Sobre todo, no hay miedo. A esas alturas, habéis decidido que el amor es una especie de coraza.

Acunado en el brazo derecho de Meredith; así aparece Keith por primera vez. Ella está en la cama del hospital, con la cara bañada por el sudor y el pelo revuelto. El pequeño cuerpo de Keith flota en un revoltijo de ropa de cama. Tiene la cara de perfil, y una mano diminuta y rosada busca de manera instintiva algo que sus ojos cerrados no pueden ver, el pecho, casi al descubierto, de su madre. Meredith ríe ante el gesto, pero recuerdas también que se volvió loca de alegría, convencida de que aquello era una señal de

gran inteligencia o de audacia precoz, de ambición, de ese instinto que deja huella. Le recordaste, bromeando, que su hijo sólo tenía unos minutos de vida. Sí, sí, por supuesto, fue lo que respondió ella.

Aquí está Keith a los dos años, puesto en pie, inseguro, caminando con paso vacilante hacia el oso de peluche que tu hermano Warren le regaló por Navidades. Warren está sentado en el sofá, junto a Meredith, y se ha inclinado hacia delante, con las manos grandes y regordetas desdibujadas, porque estaba aplaudiendo cuando hiciste la foto; aplaudiendo deprisa y con brío, mientras animaba a Keith a avanzar, como si fuera un viento favorable soplando en la espalda del crío. Qué afortunado eres, hermanito, te dirá en la puerta antes de marcharse, qué afortunado por tener todo esto.

A menudo posas ante todo lo que tienes. Aquí estás con Meredith y Keith, ya con seis años, y que sujeta un bate de béisbol de plástico, marca Wiffles, en las manos. Estáis delante de la pequeña casa de Cranberry Way. La comprasteis ofreciendo la más insignificante de las garantías económicas, y Meredith predijo que os denegarían el préstamo; así que, cuando os lo concedieron, descorchasteis una botella de champán barato y brindasteis por vuestra nueva condición de propietarios. Ahí está la foto: tú y Meredith, con las copas en alto, y, entre los dos, Keith remeda la pose, levantando su mano de seis años que sujeta un vaso de zumo de manzana.

El negocio prospera, y compráis una segunda casa, más grande, en un lugar más aislado. En esa casa más grande, las celebraciones festivas menudean. Trincháis el pavo y colgáis los adornos en árboles de verdad y, más tarde, por miedo al fuego, en árboles artificiales. Hay fotografías en las que aparecéis revolcándoos entre envoltorios de regalos y, con el paso de los años, las fotos muestran vuestras caras resplandecientes a la luz de muchas velas de cumpleaños.

Por vuestro decimoquinto aniversario le compras un anillo a Meredith, y con Keith y Warren de testigos, la vuelves a desposar, esta vez escribiendo vuestros propios votos. Esa noche, en la oscu-

ridad reconfortante del dormitorio, te dice que nunca ha dejado de amarte, y no puedes hacer otra cosa que echarte a llorar.

Cuando Keith cumple diez años, le compras una bicicleta barata, sencilla de manejar, y a los catorce, un complicado artilugio de doce marchas. Keith no se siente especialmente atraído por la mecánica, así que dedicas algún tiempo a enseñarle cómo se meten las marchas. Al cabo de un rato, le preguntas si hubiera preferido una menos complicada, y te dice que sí, pero que no tiene nada que ver con las marchas. Es que él prefiere que todo sea menos complicado, te dice, y la mirada que hay en sus ojos al decirlo te sugiere que puede haber cimas ocultas en su interior, complejidades inesperadas, que desconoces. Sin embargo, no dices nada de esto, aunque más tarde te preguntas si tu hijo, ese que otrora descansaba con tanta seguridad en el brazo de Meredith, no ha empezado a salir del cómodo capullo que con tanto esmero habéis tejido en torno a él. Si es así, te alegras, y estás seguro de que a Meredith también le alegrará.

Pasa otro año. Keith ya es casi tan alto como tú, y Meredith no ha tenido nunca un aspecto más radiante. Te envuelve una reconfortante satisfacción, y te percatas de que no es la casa ni el negocio lo que te llena de esa sensación de éxito. Es tu familia, es la intensidad y el equilibrio que ha dado a tu vida, un arraigo apacible y una sensación de bienestar que tu padre nunca consiguió, y a la cual, por alguna razón, al final de ese verano, reconoces como la victoria culminante de tu vida.

Así que decides hacer una foto. Montas el trípode y llamas a Keith y a Meredith para que salgan. Te colocas entre ellos, con un brazo sobre tu hijo y el otro sobre tu esposa. Has puesto el temporizador a la cámara. Ves la luz de aviso y los atraes hacia ti. Listos, les dices, sonreid.

1

Las fotos de familia mienten siempre.

Eso fue lo que se me pasó por la cabeza cuando abandoné mi casa aquella última tarde, así que cogí nada más que dos.

La primera era de mi antigua familia, cuando era hijo y no padre. Estoy con mi madre y mi padre, junto a mi hermano mayor, Warren, y mi hermana pequeña, Jenny. Estoy sonriendo, feliz porque me acaban de admitir en un prestigioso colegio privado. Pero las demás sonrisas ahora me parecen falsas, porque incluso entonces debía haber habido fisuras en la imperturbable felicidad que expresan, fieras que merodeaban justo al otro lado de la lumbre del hogar.

Por ejemplo, al final de aquel verano, mi padre debió haber sabido sin duda que tantos años de malas inversiones y dispendios extravagantes habían acabado con él, que la bancarrota y las humillaciones que la acompañaban tardarían pocos meses en llegar. Sin embargo, dudo que pudiera haber previsto la tétrica oscuridad de sus últimos años, ni el hogar para jubilados donde se pasaría sentado hora tras horas, escudriñando a través de las cortinas de encaje, pensando en la espléndida casa en la que una vez habíamos vivido todos, otro de los bienes perdidos.

A pesar de todo esto, o quizás a causa de ello, mi padre mira a la cámara con una sonrisa amplia y curiosamente bravacona, como si el anciano sintiera que su sonrisa pudiera protegerlo de la horda de furiosos acreedores que ya se iba congregando para el asalto final. La sonrisa de mi madre es más indecisa: débil, vacilante, como una máscara traslúcida bajo la cual su verdadera faz, aunque borrosa, sigue siendo visible. Es una sonrisa forzada, en la que las comisuras de la boca se levantan como si fueran unas pesas tremendas, y si yo hubiera estado menos ensimismado, podría haber advertido su vacilación, acaso a tiempo de haberle hecho la pregunta que más tarde me repe-

tí con tanta insistencia en mi pensamiento: *¿Qué estás tramando?*

Pero nunca pregunté y, por tanto, el día que su coche se precipitó al vacío por el puente Van Cortland, no se me ocurrió en ningún momento que pudiera haber tenido algo en la cabeza que no fuera lo que pensaba hacer para cenar o la ropa limpia que esa tarde había dejado pulcramente doblada en todas nuestras camas.

Mi hermano, Warren, está a mi izquierda con aire despreocupado. Sólo tiene quince años, pero ya está perdiendo pelo, y tiene una barriga ancha y redonda que le cae sobre el cinturón. Aunque resulte increíble, incluso a esa edad parece haber perdido la juventud. Está sonriendo, por supuesto, y no hay el más leve motivo para que no debiera hacerlo, aunque más tarde tuve que preguntarme qué miedos podrían haber empezado a aflorar ya entonces, la sensación de que ciertas semillas plantadas previamente acabarían dando un fruto siniestro.

Por último, está Jenny, tan hermosa que, ya a los siete años, hacía que las cabezas se volvieran cuando entraba en una habitación. Adorable, la llamaba siempre Warren. Solía acariciarle el pelo o, a veces, tan sólo se la quedaba mirando con admiración. Adorable, decía. Y lo era. Pero también era aguda e inteligente, una niña pequeña que volvió a casa de su primer día de colegio y me preguntó qué necesidad había de que el profesor repitiera las cosas. Le expliqué que se debía a que algunas personas no podían comprenderlas a la primera. Rumió esto durante un instante, pensando en silencio, como si intentara incorporar la desigualdad de la naturaleza al esquema de las cosas, calcular su coste humano. «Qué triste —dijo por fin, levantando aquellos ojos azul mar hacia mí— porque no es culpa de ellas.»

En esta fotografía en concreto la sonrisa de Jenny es amplia y despreocupada, aunque en todas las posteriores la sombra es claramente visible; la sombra, el conocimiento de que eso ya ha echado raíces en su fantástico cerebro, de forma microscópica al principio, no más grande que un puntito después, pero creciendo sin cesar, quitándole cosas a ella a medida que eso se va haciendo más grande, el equilibrio, su hablar sonoro, todo, excepto su belleza, antes de quitarle la vida.

Era en ella en la que pensaba más a menudo después de marcharme de casa aquella última tarde. No sé por qué, a no ser que sospechara que podría ser capaz de comprender las cosas mejor que yo, y por eso quería examinarlo todo con ella, seguir el rastro de la mecha encendida y sus sucesivas explosiones, buscar la sabiduría de Jenny y preguntarle: *¿Crees que todo tenía que acabar así, Jenny, o tal vez podría haberse evitado el daño, y no hubiera habido muertos?*

La tarde de aquella última muerte, él dijo: «Volveré antes de las noticias», refiriéndose, supongo, a las noticias nacionales, lo cual significaba que estaría de vuelta en casa antes de las seis y media. No había el menor indicio de malos presagios en lo que dijo, ni nada siniestro, ninguna sensación en absoluto de que el centro se hubiera desmoronado.

Cuando recuerdo aquel día, pienso en mi segunda familia, esa en la que soy el marido de Meredith y el padre de Keith, y me pregunto lo que podría haber dicho o hecho para detener la marea roja que nos anegó. Sucede cuando veo otra foto, ésta de la hija pequeña de otra familia, una fotografía escolar utilizada en un cartel distribuido a toda prisa, en la que la pequeña sonríe feliz bajo las letras frías y negras: DESAPARECIDA.

Amy Giordano.

Era la única hija de Vince y Karen Giordano. Vince era el propietario de una modesta frutería situada justo en las afueras de la ciudad. Se llamaba Frutas y Verduras Vincent, y Vince se vestía como un anuncio ambulante para ir a trabajar: pantalones de franela verde, camiseta verde y gorra verde, las dos últimas prendas adornadas con el nombre de la tienda. Era un hombre bajo y musculoso, con aspecto de luchador de instituto que se hubiera abandonado por completo, y la última vez que lo vi —con anterioridad a la noche en que Keith saliera rumbo a su casa— transportaba una bolsa de papel marrón con seis carretes de fotos. «Mi hermano y su familia han estado aquí una semana —explicó mientras me entregaba la bolsa— y su mujer es una fanática de las fotos.»

Yo tenía una pequeña tienda de revelado y artículos fotográficos en la única calle comercial de la ciudad, y las fotos que Vincent

Giordano me dejó aquella tarde mostraban a dos familias. Una numerosa, con al menos cuatro hijos de edades comprendidas aproximadamente entre los cuatro y los doce años, y que por fuerza tenía que haber pertenecido al hermano visitante y a su esposa, la fanática de las fotos. La otra familia era pequeña, un círculo de tres: Vince, su esposa, Karen, y Amy, la única hija de ambos.

En las fotos, las dos familias se muestran en las actitudes que esperaría cualquiera que revele fotos familiares tomadas al final del verano en una pequeña ciudad costera. Repantigados en tumbonas o apiñados en mesas de jardín comiendo hamburguesas o perritos calientes. A veces se tumban en toallas de playa de brillantes colores o suben por la pasarela de barcos de pesca alquilados. Sonríen y parecen felices, y da la sensación de que no tienen nada que esconder.

Desde entonces, he calculado que Vincent dejó los seis carretes de fotos durante la última semana de agosto, menos de un mes antes de la fatídica noche de viernes cuando él y Karen salieron a cenar. Los dos solos, como más tarde le dijo a la policía. Los dos solos... sin Amy.

Amy me ha recordado siempre a Jenny. Y no sólo por lo guapa que era, la larga melena ondulada que vi en las fotos de su familia, los profundos ojos azules y la piel blanca y luminosa. Amy era preciosa, sin duda, como preciosa lo había sido Jenny. Pero de las fotografías se desprende una sensación de agudeza parecida. Miras a los ojos de Amy y piensas que —al igual que Jenny— lo veía todo. A los periodistas, el detective Peak la describió como «muy inteligente y llena de vida», pero era más que eso. Tenía la misma forma de mirar detenidamente las cosas durante mucho tiempo que Jenny, como si estudiara sus estructuras. Es lo que hizo la última vez que la vi. Aquella tarde de septiembre Karen me había llevado unos cuantos carretes más, y mientras yo anotaba el encargo, Amy empezó a andar por la tienda, examinando con cuidado lo que allí encontraba, las pequeñas cámaras que tenía a la venta, digitales en su mayoría, junto con diversas lentes, fotómetros y fundas. En un momento dado, cogió una de las cámaras y le empezó a dar vueltas en sus pequeñas manos blancas. Fue una escena fascinante, la de esa preciosa niña perdida en una ins-

pección meditabunda, silenciosa, curiosamente intensa, minuciosa. Al observarla, tuve la sensación de que ella estaba estudiando los diversos mecanismos de la cámara, sus botones y conmutadores, sus indicadores. La mayoría de los niños empiezan a sacar fotos entre risas y bromas sin preocuparse de nada más, pero la mirada que había en la cara de Amy era la de un científico o un técnico, un observador de materiales y funciones mecánicas. No quería hacer una foto; quería descubrir cuál era el proceso.

«Era tan especial», les dijo Karen Giordano a los periodistas, palabras que suelen utilizar los padres para describir a sus hijos. Como descripción, acostumbra a ser exagerada, puesto que la inmensa mayoría de los niños no tienen nada de especial, salvo a los ojos de aquellos que los aman. Pero eso no importa. Lo que importa es que era la hija de Karen Giordano. Así que, en esos días en que recorro la calle del pueblo, fijándome en caras que vistas desde arriba podrían parecer indistinguibles como granos de arena, acepto la idea de que para alguien de aquí abajo, alguien cercano, cada cara sea única. Es la cara de una madre o de un padre, de una hermana o de un hermano, de una hija o de un hijo. Es una cara sobre la que se han grabado miles de recuerdos y, por tanto, está diferenciada de cualquier otra. Ésta es la esencia de todo cariño, la cualidad que nos hace humanos, y si no lo tuviéramos, nadaríamos para siempre en un mar de indiferencia, con la mirada vidriosa y sin conciencia, buscando sólo el sustento más básico. Conoceríamos el dolor de los dientes en nuestra carne y los punzantes arañazos de las piedras y el coral, pero no sabríamos nada de la lealtad y, por ende, nada de la angustia de Karen Giordano, del mundo de sentimientos que era el suyo, del daño irreparable y la pérdida irrevocable, de la agonía y la violencia que yacen ocultas, como todos llegaríamos a aprender, en la sencilla promesa de estar en casa antes de las noticias.

2

Aquel verano llovió poco y, por lo tanto, cuando oí el estruendo del trueno, miré hacia arriba, pero no vi nada más amenazante que unas cuantas nubes altas, rotas y hechas jirones, ya sólo unas pinceladas blancas que cruzaban el azul.

—Una tormenta seca —dije.

Meredith asintió con la cabeza desde la hamaca, pero mantuvo la atención en la revista que estaba leyendo.

—A propósito —dijo—. Esta noche tengo una reunión del departamento.

—¿En viernes? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Eso fue justo lo que pensé, pero el doctor Mays dice que tenemos que echarle un vistazo al año que viene. Para asegurarnos de que tenemos los objetivos claros.

Durante los últimos ocho años, Meredith había estado dando clases en el departamento de inglés de la escuela universitaria de la localidad. La mayor parte del tiempo no había pasado de humilde profesora asociada a tiempo parcial; entonces, de repente, la suerte le había abierto las puertas a una plaza a jornada completa, y, a partir de ese momento, había ido asumiendo cada vez más obligaciones administrativas, y acudía a seminarios en Boston y Nueva York. Cada nueva responsabilidad añadida le había fortalecido la confianza y la seguridad en sí misma, y cuando pienso en ella ahora, me parece que no había parecido nunca más feliz que aquella noche, relajada y despreocupada, una mujer que había encontrado el equilibrio entre la familia y la carrera que más se adecuaba a ella.

—Supongo que llegaré a casa a las diez —dijo.

Yo estaba junto a la parrilla de ladrillo que había construido hacía cuatro veranos, una estructura innecesariamente grande de la que

me gustaba alardear por el cariño y oficio que había empleado al construirla. Tenía cimbras de ladrillos y escalones de ladrillos y pequeñas repisas de ladrillos, y me encantaba la rotunda solidez que mostraba, augurio de que resistiría incluso la más virulenta de las tormentas. También me había encantado cada uno de los aspectos del trabajo, el tacto espeso y húmedo del mortero y la pesadez del ladrillo. En todo ello no había nada endeble, nada precario ni vacilante ni nada que pudiera venirse abajo. Como Meredith me dijo más tarde, era una metáfora no de cómo eran las cosas, sino de cómo quería yo que fuesen, todo alineado de manera uniforme, hecho de materiales sólidos y firmes, construido para durar.

Cuando pienso ahora en nuestra casa, me doy cuenta de que tenía la misma vocación de solidez. Estaba construida con madera antigua, toscamente labrada y casi petrificada. El techo del salón, soportado por gruesas vigas, se levantaba formando un ángulo de cuarenta y cinco grados; en uno de sus extremos había un hogar de piedra gris. Los cimientos eran, sin discusión, producto de una mente que buscaba la seguridad. En el jardín había árboles y arbustos silvestres que impedían que la casa se viera desde la carretera. Un camino sin asfaltar serpenteaba perezoso, formando un largo círculo, hasta la parte delantera de la casa, ascendía luego por una pequeña colina y volvía a girar hacia la carretera principal. Se podía tomar el camino y desaparecer de inmediato en un bosque densamente poblado. Salvo por un calvero entre los árboles, nadie hubiera sospechado siquiera que vivía una familia en las cercanías. Como dijo Meredith en una ocasión, vivíamos en una isla desierta en medio del bosque.

Había puesto un par de hamburguesas más, porque Warren había llamado antes dando la sensación de estar cansado, después de su larga jornada como pintor de brocha gorda. Yo sabía que mi hermano detestaba pasar la noche del viernes solo, así que lo había invitado a una cena al aire libre. En las últimas semanas había empezado a beber más, y sus esfuerzos fugaces por «encontrar la mujer adecuada» habían decaído tanto en número como en intensidad. El año anterior, reparando una zona podrida del tejado de madera de la pequeña casa de dos plantas que tenía alquilada, se había caído de una escalera; en

la caída se rompió la cadera y había tenido que guardar cama durante un mes. Y no teniendo quien lo cuidara, ni esposa ni hijos, se había trasladado al cuarto de Keith durante la convalecencia; un período que dedicó a los juegos informáticos y a ver vídeos, por lo general películas de aventuras, porque, como decía con una sonrisa dulce y burlesca: «Hay muchas cosas de las que tengo que mantener alejada la mente».

Llegó poco antes de las cinco, moviéndose con lentitud mientras subía el sinuoso sendero que conducía hasta la parrilla. En torno a él, a la luz del sol poniente, las hojas mostraban unos colores tan brillantes que parecía que caminaba a través de un cuadro al óleo resplandeciente. El follaje siempre había sido espectacular, pero lo que más me maravillaba era el arce japonés que había plantado al final del sendero; sus gráciles ramas, cargadas de hojas rojas, se extendían como brazos envolventes que parecían atraerlo a uno bajo su cuidado protector.

—Bueno, ¿cómo le va al chef? —preguntó Warren mientras se dejaba caer en una silla del jardín a pocos centímetros de Meredith.

Ella bajó la revista.

—Es sólo el chef de verano —dijo Meredith con indiferencia—. Cuando no está junto a esa parrilla, no mueve un dedo. —Se levantó de la tumbona—. Tengo que vestirme —añadió, y entró en la casa dando saltitos.

—¿Vestirse para qué? —preguntó Warren.

—Reunión del departamento —respondí.

En el interior de la casa se oyó el teléfono, y por la ventana delantera vi a Keith abalanzarse a cogerlo, moviéndose con más agilidad de lo normal, así que tuve la fugaz intuición de que la persona al otro extremo de la línea podría ser la novia por la que Keith había estado suspirando sin duda largo tiempo. Habló poco, colgó el teléfono y se acercó a la puerta.

—¿Algún problema en que haga de canguro esta noche? —preguntó—. La señora Giordano no puede contar con Beth.

Yo sabía que Karen Giordano solía contratar a Beth Carpenter como canguro cuando ella y Vince salían, pero, a veces, cuando la

chica no estaba disponible, llamaba a Keith. Él la había sustituido cuatro o cinco veces antes de esa noche, y había regresado siempre a casa antes de las once, por lo general con alguna anécdota sobre Amy, lo inteligente y bien educada que era y lo bien que le cuadraba el nombre que él le había puesto: la princesa Perfectina.

—¿Has hecho los deberes? —pregunté.

—Excepto el álgebra —dijo Keith—. Además, hoy es viernes, papá. Tengo todo el fin de semana. —Arrugó el entrecejo, como si echara de menos una palabra clave—. Bueno, ¿puedo o no?

Me encogí de hombros.

—De acuerdo.

Keith volvió adentro, donde alcancé a verlo una vez más a través de la ventana mientras hablaba por teléfono, un chico alto y desgarrado de quince años, con una mata de pelo negro y una piel tan blanca y suave al tacto que parecía casi femenina.

—Tienes un buen chaval, Eric —dijo Warren. Echó un vistazo a la parrilla—. Eso huele bien.

Unos minutos después estábamos reunidos en torno a la mesa con bancos adosados. Meredith se había puesto su atuendo profesional, que incluía pañuelo de seda y zapatos de salón negros de tacón moderado. Keith llevaba sus habituales vaqueros y una camiseta, además de las gastadas zapatillas de deporte, que por lo general no solía atarse.

Recuerdo que esa noche la conversación fue bastante limitada. Hablé de un carrete de fotos que había revelado esa mañana, veinticuatro fotos del mismo pecesito rojo. Meredith dijo que había llegado a gustarle Dylan Thomas más que en el pasado, en especial aquel poema sobre una niña pequeña que había muerto en un incendio en Londres. «Le pidieron que escribiera un poema sobre la niña —dijo—, pero se negó y, en su lugar, escribió algo universal.»

Warren se quejó sobre todo de que la cadera seguía molestándolo y de que, en un año o dos, tal vez necesitara pasar por el quirófano. Había sido siempre de los que necesitan compasión, y la buscaba; era la clase de hombre del que uno pensaría que se había quedado huérfano de joven y que por eso no paraba de buscar una dulce mano maternal. Mi padre siempre lo había encontrado débil y carente de am-

bición, y lo llamaba «jornalero» a sus espaldas, y decía a mi madre que no lo mimara, una de las pocas órdenes de mi padre que ella había desobedecido a conciencia.

En cuanto a Keith, parecía aún más callado de lo habitual, con la cabeza inclinada sobre el plato, como si sintiera vergüenza de mirarnos a los ojos. Siempre había sido un chico tímido, difícil y retraído, propenso a lesionarse, y con una precoz aversión hacia el contacto físico. Rehuía los deportes, pero no por su interés por alguna otra actividad, tocar un instrumento musical, por ejemplo, ni porque tuviera alguna otra inclinación o afición, sino sólo porque parecía recelar de que lo tocaran. Pero, por encima de todo, daba la sensación de ser un chico encerrado en sí mismo, sin ninguna intención de abrirse a los demás.

Meredith me había preguntado más de una vez si no pensaba que Keith debería ver a alguien. No es que yo fuera reacio a la sugerencia, pero al mismo tiempo no tenía ni idea de a quién podría ir a ver. Y, por supuesto, la verdadera pregunta, según me parecía, no era si practicaba deportes o tenía amigos, sino si era o no feliz. Pero yo no tenía manera de saberlo, así que lo dejé a su aire, y los primeros años de su adolescencia transcurrieron tranquilamente, casi en silencio, hasta que llegaron al final de aquel verano, y él estaba sentado a la mesa, encorvado sobre su plato, mientras Meredith salía corriendo hacia la reunión y Warren se dejaba caer en la tumbona y yo recogía la mesa y limpiaba la parrilla.

—Bueno, ¿me vas a llevar o no? —preguntó Keith cuando salió de la casa, ya vestido para la fresca noche otoñal con pantalones caqui, camisa de lana y parka azul.

—Estás muy guapo —dije.

—Sí, ya —gruñó.

—No, me refiero a que te estás convirtiendo...

Levantó una mano para detenerme.

—Bueno, ¿me vas a llevar?

Antes de que pudiera responder, Warren se levantó de la tumbona con dificultad.

—Deja que tu padre termine. Te llevaré yo.

Así que se fueron, mi hermano y mi hijo, alejándose por el sendero de ladrillo a través de una luz crepuscular, el uno ancho y fofo, el otro delgadísimo y erguido, cortando el aire como una cuchilla.

Cuando se hubieron ido, terminé de limpiar, y después de restregar con cuidado la forja carbonizada de la parrilla, entré en la casa. Meredith había dejado un libro sobre la mesa, *Poesía completa de Dylan Thomas*. Lo cogí, fui hasta mi sillón y encendí la lámpara acodada. Entonces abrí el libro, busqué el poema sobre el que había hablado ella durante la cena y lo encontré difícil de seguir, aunque bastante interesante, sobre todo la triste reflexión final de que, según el poeta: «Después de la primera muerte, no hay otra».

Cuando sonó el teléfono unas horas más tarde, estaba dormitando en mi sillón.

Era Keith.

—No tienes que venir a recogerme —dijo—. Voy a salir un rato. Puede que vaya a dar una vuelta por ahí con alguna gente.

Era la primera vez que oía que Keith fuera sin más a buscar a otras personas, pero dado su perturbador aislamiento, la noticia de que pudiera sentir semejante necesidad se me antojó una señal de normalidad esperanzadora.

—¿A qué hora vendrás entonces? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Antes de... medianoche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije—. Pero no más tarde. Tu madre se preocuparía.

—Muy bien, papá —dijo.

Colgó, y volví a mi sillón, aunque no a *Poesía completa de Dylan Thomas*. Nunca había tenido un gusto especialmente refinado para la literatura, aunque la narrativa sería podía hacerse un hueco de manera ocasional entre las obras de no ficción que constituían mi alimento habitual. Esa noche en concreto, era un libro sobre una tribu africana que había sido desplazada, trasladada de una región en la que sus componentes habían sido granjeros a otra en la que se habían visto reducidos a conseguir el alimento entre la escasa vegetación que salpicaba el por lo demás inhóspito y pedregoso terreno. Cuando sus con-

diciones de vida se hicieron más desesperadas, sus antiguas instituciones sociales y religiosas se derrumbaron. Todo aquello que otrora había parecido tan sólido se desmoronó, todas sus costumbres, sus relaciones... Todo. No había una naturaleza humana sólida, afirmaba el libro, sólo necesidades satisfechas e insatisfechas. Nuestras raíces más profundas se hunden en arenas movedizas.

Acababa de terminar el libro cuando Meredith volvió a casa.

Pareció sorprendida de que no me hubiera acostado.

—Ha llamado Keith —le dije—. Volverá tarde.

Meredith dejó caer el bolso en el sofá y empezó a quitarse los zapatos.

—Supongo que hoy los Giordano trasnochan.

—No, ya se ha ido de su casa —le dije—. Dijo que quizá saliera a dar una vuelta con alguien.

Meredith ladeó la cabeza entre extrañada y burlona.

—Bueno, ésa es una novedad interesante. O lo será, si es que es verdad.

Sus últimas palabras me sonaron inesperadamente desconfiadas.

—¿Verdad? —pregunté—. ¿Por qué no habría de ser verdad?

Ella se acercó y me tocó la cara, mirándome con una extraña indulgencia, como si le explicara la vida a un niño pequeño.

—Porque la gente miente, Eric.

—Pero ¿por qué otra razón iba a salir? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Tal vez para comprar droga —bromeó—. O a lo mejor es un mirón.

Me eché a reír, y ella también, puesto que la imagen de nuestro hijo merodeando en las sombras y atisbando por las ventanas nos pareció cómica, una de las muchas cosas que éramos incapaces de imaginarlo haciendo.

—Le dije que regresara a casa antes de las doce —le informé.

Ella me cogió de la mano.

—Vayámonos a la cama —dijo.

Meredith solía dar vueltas sin descanso durante horas antes de quedarse dormida, pero esa noche fue diferente. Se quedó dormida

de inmediato, como alguien agotado tras una larga jornada de trabajo. La estuve observando durante un rato, complacido por lo preciosa e inteligente que era, inmensamente feliz por la vida que compartíamos. A esas alturas, muchos de nuestros amigos se habían divorciado, y los que no lo habían hecho apenas parecían estar mejor, instalados o en la insolencia recíproca o en el desprecio; para ellos, el placer compartido una vez era sólo ya un recuerdo lejano.

Nos conocimos durante el último año de facultad, salimos durante seis meses y nos casamos. Vivimos una temporada en Boston, donde ella dio clases en una escuela pública y yo trabajé en una compañía farmacéutica. Ambos odiábamos nuestros trabajos, así que, a los pocos meses del nacimiento de Keith, nos liamos la manta a la cabeza y nos mudamos a Wesley, conseguimos un préstamo y nos compramos la casa de madera y la tienda de fotografía. Los primeros siete años Meredith se había quedado en casa con Keith, al cabo de los cuales aceptó un trabajo como profesora a tiempo parcial en la escuela universitaria. Cuando Keith se hizo más mayor, ella aumentó sus horas lectivas semanales, librándose de sus antiguas obligaciones caseras como de una piel seca; había rejuvenecido y estaba más radiante, esa impresión me daba, así que esa noche no me sorprendió que, mientras dormía, en sus labios se esbozara de repente una sonrisa apacible.

Miraba detenidamente aquella sonrisa cuando oí el chirrido de los frenos de un coche en el extremo más alejado del camino. Me incorporé en la cama y miré por la ventana. Para entonces el coche estaba reculando hacia la carretera, y dos haces de luz barrieron la maleza con una gracilidad suave y fantasmal. Al cabo de unos segundos vi avanzar a Keith por el camino sin asfaltar que rodeaba la puerta delantera, lento y titubeante el paso, la cabeza gacha como si luchara contra un viento hostil.

Despareció de la vista al cabo de un rato. Luego oí el chasquido metálico de la puerta principal y el sonido de sus pisadas, al subir las escaleras, cuando pasó junto a nuestro dormitorio y al dirigirse por el pasillo hacia su cuarto.

Estaba abriendo la puerta de su habitación cuando salí al pasillo.
—Hola —dije.

No se volvió hacia mí, sino que se paró de cara a la puerta, con el cuerpo extrañamente rígido.

—¿Te lo has pasado bien con tus amigos? —pregunté en voz baja.

Asintió con la cabeza, y las largas hebras de su pelo se movieron como una cortina enmarañada.

—Estupendo —dije.

Al darse la vuelta con cuidado para mirarme, vi que tenía la parte inferior de la camisa arrugada, como si se la hubiera remetido apresuradamente.

—¿Te importa si me acuesto ya? —Lo preguntó de manera un tanto cortante, aunque con la impaciencia normal en un adolescente.

—No —respondí—. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

Se dio la vuelta con rapidez y desapareció dentro de su cuarto, dejándome solo en el pasillo apenas iluminado.

Volví a la cama, completamente despejado ya, preso de una desazón inexplicable, la sensación de que algo en la naturaleza de las cosas se había vuelto en silencio contra mí, socavando mi larga certidumbre; como si, por debajo de los sólidos cimientos de la casa, pudiera sentir un sutil temblor de tierra.